



"D. Vicente Blasco Ibáñez escribiendo su última obra titulada 'Entre naranjos,' cuadro de Antonio Fillol." 1900, n.º 991, p. 840.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ARROYUELOS

De todos los pecados y malas mañas que origina el trato de gentes, el más frecuente es la murmuración, «costumbre de arroyuelo», que dice un conceptista actual; y muchas veces he reflexionado en que la murmuración, cuando se exagera, se convierte en inofensiva. Veré de explicar este concepto, porque la murmuración forma parte integrante de la vida contemporánea. Es el dato más revelador, más psicológico; descubre los pensamientos, las pretensiones, las aspiraciones, como un aparato de rayos Roentgen la estructura de los huesos; y es además el pasatiempo general y barato, lo mismo ahora, en casinos, hoteles, playas, balnearios, fiestas campestres y jiras, que será luego, cuando el invierno reconcentre la vida en las grandes ciudades y apriete la malla floja de la murmuración convirtiéndola en fina red semipoliciaca.

Que se murmura en todas partes; que la vida se invierte en murmurar, es observación tan evidente, que asusta. Pero antes de asustarnos (el tiempo que en asustarse se invierte suele ser tiempo perdido), miremos bien y discretemos dónde empieza la murmuración propiamente dicha: la que puede atentar al crédito y al honor del prójimo. — No vacilo en afirmar que esta clase de murmuración es rara, al menos en los círculos sociales; y si se produce es más bien de oreja a oreja que en alta voz. No por bondad, indudablemente, sino porque ciertas frases estallan como un petardo, se evita pronunciarlas, y sobre todo delante de personas ajenas al círculo íntimo. He aquí otra indicación que debe tenerse en cuenta: en sociedad se habla siempre según con quien se está, lo cual quita mucha fuerza a la murmuración, impidiendo que sus asertos vayan por el conducto auditivo a germinar en inteligencias mal preparadas. Donde la murmuración hace estragos es en los inferiores, porque están predispuestos a la envidia y no sitúan cada acción en su medio, que relacionan, por lo cual todo lo echan a mala parte.

A cada instante se escuchan ingeniosidades y mordacidades, que ningún daño pueden causar si se toman como se dicen; si se comprende su sentido cómico, su índole de caricatura, es decir, de recargo, de exageración del rasgo por el cual una fisonomía o una figura se caracterizan. Os dirán, por ejemplo, de un avaro, que a sus criados «los mata de hambre» y que recoge del suelo las colillas para fumar: descontaréis lo descomulgable, y resultará que el susodicho Harpagón les da a sus servidores poca

carne y mucho arroz y garbanzo, y que fuma un tabaco nada selecto. Afirman, entre maliciosos esguinces, que una mujer tiene trescientos sesenta y cinco amigos íntimos; pero los que la tratan y conocen su modo de vivir, no se horrorizan, porque están enterados de que tiene, a lo sumo y pensando mal, un amigo los trescientos sesenta y cinco días del año. De un político asegurarán que parte con su secretario los rendimientos de un vergonzoso negocio; de un personaje, que aceptó regalos... que no se aceptan; de otro, que expolió a quien no debía expoliar; de aquél, que su propia familia se lucra donde no cabe lucro sin ignominia inmensa; del de más allá, que se ha cubierto el riñón desriñonándose... y no quiero ni indicar lo que se murmura de quienes más inaccesibles debieran aparecer a la murmuración, porque ya sería murmuración el indicarlo, dado que estos renglones los pueden leer gentes que no estén en el secreto íntimo de vidas y aventuras sociales, y no vaya a añascar el diablo que transparentase la referencia, no pudiendo ponerse la balanza en el fiel. ¡Vade retro!

Tales enormidades de palabra, lo repito, ningún efecto perjudicial vemos que produzcan cuando se quedan entre los iniciados. Una prueba de lo inofensivo de ese puñal relumbrante y mortífero cuando se ve de lejos, es que los esgrimidores no temen esgrimirlo contra sí propios. Sea por lujo de ingenio, sea por una especie de humorístico desenfado que no carece de atractivo, los murmuradores murmuran de sí; se atribuyen defectos imaginarios, y hasta maldades que son incapaces de cometer. Nadie ignora que existen fanfarrones del vicio, como existen farsantes de la virtud. A mí estos últimos me son especialmente antipáticos y repulsivos.

Pónense, pues, a sí mismos de hoja de perejil, a menudo, los que al prójimo ponen de cogollo de escarola, y demuestran así que no hay fondo de verdadero veneno en cuanto chismorrean. Hablan también, libre y desembarazadamente, de su parentela y de su familia, y no dejan tífere con cabeza en su retablo. Y estos murmuradores aún perjudican menos. Son como cierto linaje de críticos literarios o artísticos, que a todo el mundo ponen reparos y defectos; igualando así, ante la censura y la trituration, a las diferentes categorías, donde resulta que viene a quedar cada cual en su sitio y a nadie se le quita ni se le pone una línea respecto de su altura. Y es que todo lo que se extrema pierde fuerza, y ática moderación, que Horacio recomendaba a todo lo aplicable.

Resta igualmente energía a la murmuración, entre los iniciados, el conocimiento de los móviles que al murmurador impulsan. Voltaire decía, refiriéndose a cierto abate con quien andaba siempre a la greña: «No creáis lo que el abate diga de mí ni lo que yo diga del abate, porque estamos reñidos.» El aviso, en la mayor parte de los casos, sería ocioso, cuando se murmura en determinados círculos. Presentes tiene el auditorio los agravios, los resquemores, los rozamientos de amor propio o las heridas más profundas aún, que alcanzan la espuma de la murmuración en la saliva de las bocas. ¡Valor entendido! Se escucha, se asiente, se ríe, se comenta, se celebra..., pero se explica, se entiende, se deduce lo que corresponde deducir... «No creáis lo que yo os diga del abate...» Es como si en el aire flotase el inmortal espíritu del gran burlón a quien Unamuno tanto detesta...

Por otra parte, la murmuración no es difamación cuando versa sobre defectos y faltas muy públicas, muy conocidas de todos. Podrá, en tal caso, ser pesadez, carecer de novedad y de gracia; y casi siempre se incurre en estos defectos al insistir en algo excesivamente notorio.

«Lo que todos sabemos no hay que decirlo...»

pero ¿conciben ustedes que quepa robarle a alguien lo que no tiene, y que desacreditan las habillitas al que ya envió su crédito a hacer compañía, en las regiones de la luna, a la razón del paladín Astolfo?

Otro muy peregrino error común es el que forma la base de ese que llaman día de las alabanzas, o sea la tregua de la murmuración ante el fenómeno, previsto y natural, de la muerte. ¿Qué patente de virtud da el morir? ¿Qué delitos borra, en qué puede modificar el juicio que nos merece un hombre?

Me repugna mucho menos una murmuración

ajustada y medida, la cual no suele ser sino una apreciación exacta, que ese panegírico embustero y abofeteador del sentido común, que leemos ó escuchamos cuando sale la papeleta con orla en la cuarta plana. En día tal, mientras la iglesia, muy lógica, sólo a la misericordia divina atribuye el perdón y a la justicia el castigo, nosotros, en vez de rezar por el alma del muerto, que eso ya sería barina de otro costal y nos calificaría de cristianos, le soltamos un pestífero botafumeirazo de mentiras, que sólo nos califica de embusteros solemnes ó desmemoriados lellos. No habiendo logrado poblar de eminentes patricios, de integérrimos varones, de Lucrecias impecables, el mundo de los vivos, suscitamos toda esa generación heroica y ejemplar en el cementerio. Gritan las acciones y los recuerdos contra las palabras, pero no importa: el rito se ha cumplido, al difunto se le ha hecho, como en Córcega, un bonito vocero... Sólo que en Córcega no tienen vocero sino los que sucumben sin haberse deshonrado.

¿Y qué pensar de la suspensión de los fueros de la crítica intelectual, artística, literaria, cuando está reciente el fallecimiento del intelectual, del artista, del escritor? ¿Hay nada menos justificado que eso?

Para que al fallecer un individuo sepa la patria cuánto ha perdido ó si algo pierde, conviene aquilatar los méritos con justicia, con conocimiento de causa, sin empalagosas hipérboles y golpes de incensario. Los extranjeros, si leen nuestra prensa, supondrán que cada año desaparece aquí una generación de titanes y de colosos, en todos y cada uno de los ramos de la actividad humana. En los raros casos en que efectivamente se nos va un progenitor; cuando la muerte se lleva a un Castelar, a un Campoamor, ya es imposible hinchar más el globo de lo que se hinchó para la mediocridad ó la insignificancia. A tal benevolencia póstuma, hija del más burdo indiferentismo, prefiero la murmuración, prefiero su mostaza y su ajeno y sus zarzas piconas.

Crece lo absurdo de tal idea de benevolencia póstuma si la aplicamos a los personajes históricos y políticos. De lleno cae sobre éstos la luz del examen. Sus actos trascienden al interés general, y no puede disimularlos la fácil compasión de ultratumba. No ya después de su muerte; durante su vida, están bajo la fiscalización de la multitud. Con más razón cuando ya se ha reposado el polvo que levantaron, disipándose el estruendo de su paso triunfal ó combatiente.

A los artistas y a los escritores, hágaseles sin miedo y sin reparos la autopsia. No duele como la vivisección. Ya ni el amor propio, ni la vanidad, ni aun el interés, pueden gritar y retorcerse bajo el escabelo.

¡Hay que enterrar a tanta gente! No le podemos dispensar a la posteridad mayor favor que adelantarle un poco esa penosa y fúnebre tarea. Enterrar lo que, en cierto sentido, nunca vivió; lo que ya ni aun posee la vida ficticia que le prestaban sus esfuerzos por parecer algo, por atraer la atención é imponerse a las generaciones... Y esto puede hacerlo esa murmuración póstuma y por escrito — la crítica.

¿Qué es la crítica, qué es la historia, bien mirado, sino un extracto de murmuraciones, un confuso rumor de arroyuelos?

Lo que hoy leemos de Cleopatra, de María Estuardo, de Isabel de Inglaterra, es lo que se murmuraba antaño de estas grandes señoras en los vestíbulos y en las salas de sus palacios. Figuras casi contemporáneas — la de Napoleón, por ejemplo — van conociéndose merced a la reconstrucción histórica de las murmuraciones pasadas y dormidas. Los documentos oficiales son la mentira: la murmuración, el eco y el roce de la túnica de la misma realidad.

Dejemos, pues, que corran esos arroyuelos tal vez fangosos. Sepamos filtrar sus aguas y sacar de ellas arena dorada. Oír murmurar, ¡qué estudio tan interesante! Si sólo se escuchasen elogios, encomios, panegíricos; si no resollase por la murmuración la verdad asfixiada, ¿quién toleraría la relación con seres humanos? Y en cuanto a los efectos de la murmuración, recordemos la frase de una persona muy genial: «Dos venenos conozco que ni matan, ni corroen, ni manchan siquiera: la saliva y la tinta.»

EMILIA PARDO BAZÁN.